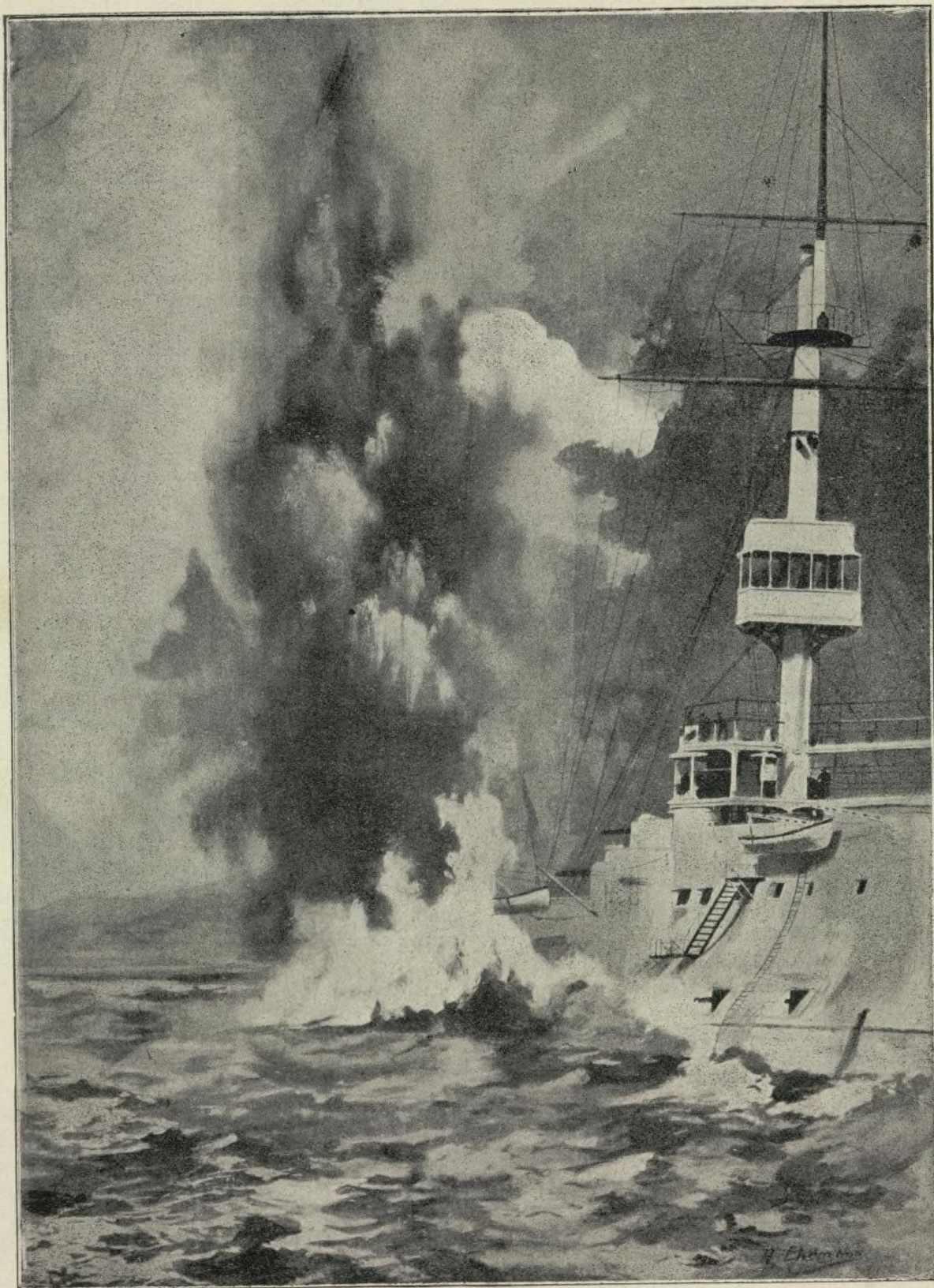


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 6.— BARCELONA 2 DE SEPTIEMBRE DE 1914



La destrucción del crucero inglés *Amphion* por un torpedo

Ayuntamiento de Madrid

CRÓNICA INTERNACIONAL

I La autonomía de Polonia.—II. Sir Grey.—III. Aclarando un misterio.—IV. Era de reconstitución

I.—La autonomía de Polonia

La concesión de la autonomía a Polonia, por el Tzar, es un acontecimiento que ha conmovido al mundo entero, a todos menos a los diplomáticos, que no pueden menos de sonreír con escepticismo.

De antiguo son conocidos los sentimientos paternos del Tzar hacia su pueblo y la bondad inmensa de su persona. Si de él dependiera exclusivamente, hace mucho tiempo que Polonia gozaría del beneficio que ahora se le ha otorgado y que se habrían suavizado en Rusia los ásperos y a veces férreos resortes del mando y de la administración; pero es imposible que el monarca conozca y atienda por sí mismo las necesidades del inmenso imperio sobre el que reina. Dejando pues a salvo la personalidad y la iniciativa del Tzar, que sólo elogios muy sinceros merecen y que le hacen acreedor a la gratitud de los pueblos oprimidos y de la humanidad en general, examinemos el caso desde un punto de vista más práctico, menos poético, aunque para ello sea menester tropezar con las impurezas de la realidad.

La primera cuestión que se presenta es la de la oportunidad de la medida. Polonia, en particular la Polonia rusa, más duramente tratada que sus hermanas alemana y austriaca, se ha agitado repetidamente y ha empuñado las armas en varias ocasiones, en demanda, no ya de una plena libertad, sino de la igualdad con respecto a las demás provincias del imperio ruso; siempre en vano.

A cada agitación, a cada tentativa de alzamiento, respondía una represión despiadada y se apretaban más aun los lazos que la sujetaban. Estalla la guerra, y el estado político de Polonia no cambia; pero a poco de haber entrado alemanes y austriacos en aquel territorio, el Tzar decreta la autonomía. Con ello, sí, se deja llevar de sus buenos sentimientos, pero esos sentimientos se habían pronunciado más de una vez, sin que el Gobierno de San Petersburgo quisiera llevarlos a la realidad; y si ahora por fin se ha allanado a los deseos del Soberano, claro es que lo ha hecho con un fin que en modo alguno puede ser independiente de la guerra. Esta, ciego será quien no lo vea, ha sido la causa determinante de medida tan trascendental: para premiar la fidelidad de los polacos el momento era prematuro, pues apenas había tiempo para que se manifestara de un modo palpable; pero para contener un posible alzamiento o restar fuerzas a los aliados, no se debía perder un minuto. La consecuencia que se deduce es que no marchaban muy bien las cosas para Rusia cuando la autonomía ha sido decretada en circunstancias que nadie esperaba.

Constituyendo un gobierno dependiente del Tzar y que comprende toda la antigua Polonia, incluso las provincias en poder de Austria y Alemania, el Gobierno de S. Petersburgo trata de engrandecer de un modo indirecto el Imperio, a la vez que debilita a sus rivales; mas para que este pensamiento tenga efectos reales es menester que no se opongan a su ejecución ni las dos naciones interesadas, ni los mismos polacos. En cuanto a las primeras, no hay que

dudar que para algo han empuñado las armas, y que cuando el estrépito de éstas ahoga todas las voces y los sentimientos, no son las iniciativas libertadoras de los enemigos las que pueden motivar el fin de la guerra. Respecto de los polacos, es de temer que el acto del Tzar no sea agradecido por todos, sino que se interprete como síntoma de debilidad, y que pidan más de lo que se les concede, es decir, que la autonomía, en estas circunstancias despierte las reivindicaciones polacas en toda su integridad en vez de contenerlas. En un concepto más amplio, ese acto no puede conducir a resultados duraderos: por si lo hubiéramos olvidado, la historia de la edad moderna nos está demostrando que la tendencia actual es a constituir grandes naciones, confederándose entre sí las que tengan afinidad de raza, de intereses y de aspiraciones; ha pasado la época de los pueblos pequeños, condenados a morir y desaparecer absorbidos por los grandes. De manera que la autonomía, si efectivamente se llevara a feliz término, no significaría otra cosa que el comienzo de una nueva era de persecuciones, de desgracias y de padecimientos para Polonia, tras de un breve periodo de relativa quietud y bienestar.

Que la guerra ha sido la causa de la concesión de la autonomía, lo confirma lo que está aconteciendo con Finlandia, perseguida y sujeta en los últimos doce años y sometida al yugo del más fuerte. Si Polonia merece la autonomía, no merece menos Finlandia un poco más de libertad. Pero los aliados germanos están muy lejos de Finlandia y no hay para qué acordarse de ella.

Concluimos que en el terreno político la medida ha sido un error. Grandísimo acierto hubiera sido después de la victoria o antes de la probabilidad de estallar la guerra; nunca cuando los alemanes y los austriacos han atravesado las fronteras polacas. Eso es síntoma de debilidad, aunque realmente sea otro el motivo, y la debilidad estimula al enemigo y borra el agradecimiento en el favorecido, porque falta la espontaneidad y el amor en el beneficio.

Como acto personal del Tzar, ha de señalarse como ejemplo que debieran imitar los poderosos, pero que desgraciadamente no se apresurarán a copiar.

II.—Sir Grey

Ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña e Irlanda y del Imperio de las Indias; personaje diametralmente opuesto por sus maneras, sus hábitos, su proceder y el modo de intervenir en los asuntos internacionales al famoso imperialista Chamberlain, Sir Grey es el estadista de más relieve con que cuenta en este momento Inglaterra, el más sagaz y astuto de los diplomáticos y el hombre que más serenidad y sangre fría conserva en los momentos difíciles.

El periodo de agitaciones y conflictos que a diario surgían entre las grandes potencias durante la guerra de Oriente y después de ella, sirvió a maravilla a Grey para pulsar la mentalidad de los embajado-

res y de los gabinetes extranjeros; supo llevar a Londres el eje de la política internacional, que por muchos años había estado en Berlín, y supo, arte admirable, hacerse grato a todos, y lo que es más admirable, hacer creer a todos, amigos y rivales, que podían contar con Inglaterra en los manejos que estaban tramando unos y otros entre sí para despedazarse. Así, Alemania no tuvo reparo en indicar a Grey sus ambiciones y las esperanzas que cifraba en caso de guerra; Austria no fué más avisada; Italia, más ladina, tampoco pudo substraerse al poder de atracción del Ministro inglés; éste, cuando hablaba con Alemania se ponía de su parte contra Rusia, se inclinaba a Rusia si con el embajador de San Petersburgo departía, de la misma manera que sostenía los derechos de Austria frente al espíritu eslavo; y al mismo tiempo, tenía sumo cuidado en borrarse, en extremar su modestia, para que nadie se sintiera obscurecido o humillado, y se ocultaba detrás de la cortina para que otros cosecharan los triunfos. De esta suerte, Grey consiguió dos cosas: primero, hacerse amigo de todos y provocar las confidencias de todos, con lo cual se colocó en una posición única para juzgar con acierto el estado de la política internacional y los medios de que pensaban valerse los diferentes grupos de potencias; segundo, inspiraba a Europa complicaciones que había tenido buen cuidado de resolver de antemano, para que la solución apareciera en el momento agudo, aunque sin declarar a quien debía la paternidad.

No es extremo que Alemania, llena de confianza, se atreviera a manifestar sin rebozo qué es lo que se proponía hacer con Francia, vencida; que Austria se expontaneara respecto a sus aspiraciones de engrandecimiento hacia el E; que Rusia se intranquilizara creyéndose sola; que Francia hiciera examen de conciencia, persuadida de que sólo podía contar con sus propias fuerzas, y que Italia empezara a comprender las ventajas de concentrar sus miradas en el Adriático y el Egeo, dejándose de objetivos territoriales en el continente. Como consecuencia, la triple alianza no tardó en bambolearse, al mismo tiempo que Francia y Rusia, desconfiando de la ayuda inglesa, redoblaban sus preparativos militares.

Al entablarse la partida final, todas las potencias habían enseñado sus naipes y sus triunfos a Grey, que entonces pudo comenzar el juego sobre seguro. Indirectamente, pero por el camino más corto, había conseguido su objeto: debilitar a la triple y reforzar a Francia y Rusia; llegado este momento, con la tranquilidad del que conoce el resultado, arrojó a su vez su carta sobre el tapete internacional. El golpe era maestro, y el triunfo seguro, a condición de que los factores ejércitos y escuadras respondan a lo que de ellos espera el estadista británico.

Por eso, con aquella tranquilidad de quien sabe lo que hace y los medios con qué cuenta, pronunció su trascendental discurso anunciando la guerra contra Alemania; la frialdad, la sangre fría británicas tuvieron en aquella memorable ocasión un representante sin rival: Inglaterra arrojaba el peso de su espada en el instante preciso, ni un segundo antes ni un segundo después: cuando ya el retroceso era imposible y estaban todos los naipes sobre la mesa, abiertos a las miradas del mundo gracias a la sagacidad de Grey.

Al contrario de Chamberlain, nada de bravatas, ni de amenazas, ni de alardes de fuerza; la guerra, en concepto de aquel estadista, no debía ser tratada más que como un negocio, cuyas probabilidades de éxito y de fracaso hay que tener estudiadas y previstas de antemano; si conviene, se la emprende, con la misma impavidez con que se la desecha si no parece aceptable. Esta es la política tradicional de la Gran Bretaña, que sólo se hace visible por sus efectos y no por sus síntomas, política que nadie en los tiempos modernos ha sabido imitar y a la que debe aquel Imperio su colosal poderío, cada día en aumento. Sí, la guerra no es más que un negocio en grande escala; la dificultad estriba en que para tratarla desde este punto de vista se necesita hallarse en la situación geográfica de Inglaterra, confinada en unas islas y libre de las molestias y de las trabas de peligrosas vecindades. Esto no disminuye en nada el mérito de sir Grey, porque el saber colocarse en la posición que conviene al propio país sólo está reservado a las grandes capacidades: en política internacional nada es bueno ni es malo por sí mismo; ello depende de las circunstancias de lugar y tiempo, que el Ministro inglés, aunque yerre, ha sabido apreciar como nadie de su época.

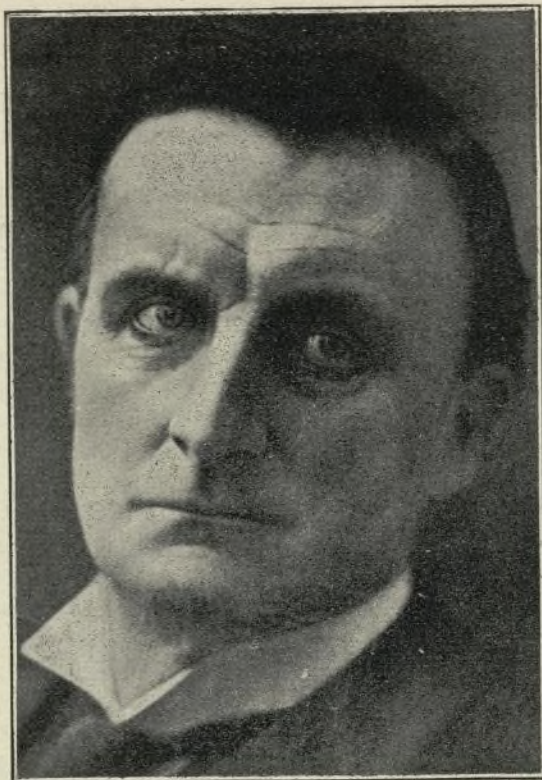
III.—Aclarando un misterio

¿De dónde sacarán los alemanes el dinero que necesitan para sostener la guerra algunos meses y del cual carecen? Esto se preguntaban todos y nada acertaba con la respuesta; sin embargo, era muy sencilla: lo pagarán Inglaterra y Francia. Y así va siendo.

Las enormes contribuciones que el invasor está imponiendo estos días a Lieja, Bruselas, Gante, etc., no las pueden pagar los belgas, aunque quisieran. Como se han lanzado a la lucha instigados por Francia e Inglaterra, éstas no les han de dejar ahora desamparados, porque si tal hicieran, acaso los belgas les volvieran las espaldas y se pasaran el bando que mayores muestras de poderío ha dado hasta ahora y cuya fuerza conocen por propia y triste experiencia. Han de acudir, pues, Londres y París en auxilio de la banca belga, y los alemanes se embolsarán el dinero de sus enemigos, que en este particular se han mostrado muy torpes; no se reconoce a los ingleses en este descuido. A bien que si al fin son derrotados los alemanes, ya se cobrarán, con buenos intereses, tanto los de aquende como los de allende el canal de la Mancha, los anticipos que ahora hagan a regañadientes.

No cabe negar que eso de las contribuciones de guerra es un atropello. Lo justifican los invasores, alegando que sólo las imponen a las ciudades que les han opuesto resistencia: pero esa resistencia es hija del estado de guerra, porque ésta no existiría sin aquella. El hecho de que habitantes pacíficos se vean obligados a desembolsar grandes sumas para el que les ha vencido, independientemente de las que luego habrá de entregar el Estado, se ha practicado en todos los tiempos, pero, por más que se trate de disculparlo, no deja de ser injusto. Lo único que lo justifica es lo que ocurre con las presas marítimas; porque una ciudad, un pueblo, una aldea, presentan resistencia, un obstáculo más o menos pasivo, á la acción de un invasor; pero ¡que resistencia ni obs-

táculo son los de un barco, propiedad de un particular? Y sin embargo, todos encuentran natural que las naves mercantes del enemigo sean apresadas y



Sir Eduardo Grey

confiscadas, porque así se contribuye a empobrecer y sangrar al adversario.

Con las contribuciones de guerra, acontece exactamente lo mismo, con la ventaja a su favor de que el castigo no se impone directamente a persona determinada, sino a la entidad que ha hecho resistencia. ¡Y todavía hay quienes sostienen que una de las ventajas de la civilización es que las guerras las hacen sólo los ejércitos y que los ciudadanos pacíficos nada tienen que temer! ¿Qué dirán a esto los armadores alemanes y los habitantes de Lieja y Amberes? ¡Qué horrible y salvaje es la guerra!

IV.—Era de reconstitución

El Japón se dispone a quitar a los alemanes las colonias que éstos poseen en el litoral de la China y devolvérselas — así dicen — al Gobierno de Pekín. Como era de esperar, los Estados Unidos han tomado nota de este propósito, y contestan al gabinete de Tokio en términos poco tranquilizadores.

Si hoy los japoneses, obrando por su cuenta, más que por instigación de Inglaterra, devuelven a la China (suponiendo que no se queden con ellas) las colonias alemanas, mañana, apoyándose en los antecedentes para justificar el principal apoyo, que es el de la fuerza, se quedarán con las inglesas, francesas, holandesas. Suponiendo que triunfe La Gran Bretaña en la presente guerra sin merma de su poderío naval, entre ella y los Estados Unidos pondrán freno a la expansión japonesa; pero si es derrotada o pierde su escuadra, no habrá ya quien se atreva con el Japón más que los Estados Unidos y la China. De modo que el conflicto europeo ha echado la semilla

de otro no menos colosal, en que se verán envueltas Asia y América.

¿Para ese resultado llevamos tantos siglos de civilización? ¿Para eso hemos escrito y hablado tanto contra la rapacidad y barbarie de otros tiempos? ¡Contrastes de la historia! Cada periodo de florecimiento del derecho público y privado y de las libertades, ha coincidido con un delirio de engrandecimiento de los fuertes a expensas de los demás: así en la antigua Roma, en la vieja Grecia, en los esplendores de la Edad Media, y así ahora. No parece sino que el derecho es la consagración de la fuerza, y no ésta el escudo de aquel.

En los anales de los tiempos, cuando hayan transcurrido varios siglos, ningún historiador separará nuestra época de la que le precede. Hace diez siglos que estamos en el periodo de reconstitución de las nacionalidades, y el conflicto actual no es más que una de las últimas evoluciones, acaso la postrera, de la era de turbulencias que se inició en los albores del feudalismo.

F. LARIN.

UNA CONVERSACIÓN DE GRANDE ACTUALIDAD

—V. ¿porqué desea el triunfo de X, señor A?

—Sencillamente, porque mis ideas políticas, mis aficiones en arte y literatura, mi educación,...



Barón von Giesl, embajador de Austria-Hungría, en Belgrado, al estallar la guerra

—¡Basta, no prosiga V!: quedamos en que *su, su* y *su* tal o cual, le inclinan a favor de X. Y á V., señor B, ¿qué razones le mueven para hacer votos en favor de la victoria de Y?

—¡Oh! ¡Aquél es un país admirable! Me encanta su formalidad comercial, me asombran sus progresos científicos, me...

muy patriotas, maldito lo que se preocupan de la patria. A la patria no se la debe amar platónicamente, de dientes afuera, sino de un modo práctico, sirviéndole, cada cual en lo que pueda y como pueda.

(A y B simultáneamente):—Pero ¿qué le importa a la patria que venza X o que venza Y? ¿No nos hemos declarado neutrales?



La movilización en Rusia. Despedida de reservistas



La infantería alemana, emprendiendo la marcha de asalto contra los fuertes de Lieja. Obsérvese cómo la artillería de campaña se mantiene oculta detrás de un terraplén, para substraerse al tiro de los fuertes

—¡Comprendido, señor B! Es el mismo su caso que el del señor A: *su, su* y *su*. Y ahora díganme ustedes: ¿no pueden fundamentar en algo más sólido y menos personal, en algo que no sean sentimientos ni afectos, sus preferencias por X o por Y?

(A y B a un tiempo):—¿Qué otros motivos podemos tener?

—Uno, muy pequeño: el interés de la patria, el interés nacional; porque Vds., que se han declarado

—¿Acaso ignoran Vds. que las naciones que ocupan un continente vienen a ser como varias personas sentadas con estrechez en el mismo banco, y que cuando engorda o enflaquece súbitamente uno de los ocupantes o se presenta un extraño que también quiere tomar asiento, todas las demás han de adoptar nuevas posturas y encogerse, estrecharse, acomodarse, en una palabra, al nuevo orden de cosas, quieran o no quieran, aunque no hayan inter-

venido en los cambios de la situación, sopena de levantarse y dejar el sitio vacío? Mas no sigamos por este camino y vayamos, desde luego, al punto fundamental: ¿Vds. saben Geografía?

(A y B, siempre a un mismo tiempo).—¡Hombre! ¡Como saber...! Pero la hemos estudiado: sé donde está París, Berlín, Chicago..., Austria, Nueva Zelanda, el Congo...

—Y ¿han deducido Vds. alguna consecuencia, alguna lección, de la influencia que la geografía ejerce en las relaciones internacionales, en la marcha de las razas, en las aspiraciones y el modo de ser de cada país, en las guerras, en las luchas de la paz, en las afinidades de los pueblos, en la comunidad o antagonismo de interés...?

(A y B).—Con franqueza: nadie nos ha enseñado una palabra de esto, ni se nos ha ocurrido meditarlo.

—¡Muy bien! ¿Saben Vds. historia?

(A y B).—¡Oh! ¡Eso sí! Los iberos poblaron España, Ataulfo reinó el año... los Reyes Católicos..., Carlo Magno..., Pedro el Grande..., Inocencio III..., Luis XIII de Francia..., Cromwell...

—¡Perfectamente! Y la historia ¿no les ha enseñado a Vds. nada sobre la influencia que cada país ha ejercido en los destinos de los demás, sea por alianzas, sea por guerras? ¿No han aprendido Vds. a basar la historia en la geografía, y encontrar una explicación algo más satisfactoria que los caprichos de un monarca, o el afán de poderío, o la ambición, o el deseo de riquezas..., a los choques que sostienen entre sí los pueblos desde que el mundo existe? ¿Podrían Vds. asegurar que saben las verdaderas causas de las conmociones egipcias, de las luchas griegas, de la conquista de Asia, de las guerras púnicas, de las campañas en las Galias y en Iberia, de...?

(A y B).—Ni las sabemos, ni nos preocupan; todo ello son cosas pasadas para siempre y que no nos interesan.

—Pero que se vienen repitiendo con los mismos caracteres en el fondo, variando sólo en la forma y los accidentes. Los conocimientos geográficos e históricos que Vds. poseen, me recuerdan a cierto erudito teórico, que dominaba el Algebra, conocía a fondo el teorema de Sturm, y... no sabía resolver un problema cuyo planteo estaba expresado en una sencilla ecuación de primer grado con una incógnita.

Ni la geografía es una lista de nombres, ni la historia una relación de hechos: ambas no componen más que una sola ciencia, cuyas dos ramas son inseparables. Y cuando Vds. comiencen a estudiarla seriamente y reflexionen sobre ella, comprenderán que todos aquellos pueblos que han olvidado o se han apartado de las enseñanzas de la misma, han pagado caro su descuido, mientras que han sorteado todos los embates de los siglos aquellos otros que las han tenido siempre presentes. Sólo así surge y se manifiesta una política internacional, y sólo así puede inclinarse cada nación, con acierto y sin peligro, ora a un lado, ora a otro, según los tiempos y las circunstancias. Nosotros nos hemos apartado de este camino hace cuatro siglos, y así andamos de medrados. Créanme Vds.: la política internacional no puede ser hija de movimientos más o menos espontáneos del alma humana, sino fruto de la razón y consecuencia de la geografía y de la historia. De otro modo, se moverán Vds. en las tinieblas y encontrarán más de un desengaño. Antes de desear que la victoria sea de X o de Y, estudien Vds. historia y geografía, y luego hablaremos sobre lo que más nos conviene.

(Esta es, lector, con cortas diferencias, la conversación que sostengo por lo menos diez veces al día, desde el 1.º de agosto. Para no repetirla más, la doy a la estampa y a ella me remitiré en lo sucesivo).

SUBRIO ESCÁPULA.

CRÓNICA MILITAR

I. La caballería alemana y la artillería francesa.—II. La acción de los dirigibles y aeroplanos.—III. Combates en Alsacia.—IV.—Combates en Lorena.—V. Operaciones en Bélgica.—VI. La situación el 25 de agosto.—VII. La triple batalla de Lorena, Luxemburgo y Bélgica.—VIII. Operaciones en el teatro oriental.

I.—La caballería alemana y la artillería francesa

En la campaña de 1870-71, la caballería alemana sorprendió a todos por su arrojo y pericia en el servicio de exploración y reconocimiento. Con la mayor osadía se lanzaban al frente las patrullas montadas, a veces sin apoyo ninguno, y daban a conocer al gran cuartel general la situación y efectivos de las tropas francesas, permitiendo que el estado mayor diera las órdenes adecuadas y ajustadas al desarrollo de los acontecimientos. La pasividad de la caballería francesa y la timidez de las tropas avanzadas de los ejércitos de Bazaine, primero, y más tarde de Mac-Mahón, envalentonaron aún más a los ginetes alemanes, que se extendieron como una nube en todo el frente, alcanzando a veces éxitos de que se hubieran enorgullecido columnas importantes de las tres armas; varias plazas fuertes abrieron sus puertas a destacamentos de caballería, y en otras ocasiones pequeños grupos de jinetes tuvieron a raya y atrajeron

hacia sí a masas numerosas del enemigo. De aquella guerra data la reputación temible que alcanzaron los hulanos (lanceros) alemanes, aunque la verdad obliga a declarar que con el mismo brillo se condujeron los hulanos, que los húsares y los dragones; la denominación vulgar de hulanos comprende en realidad a toda la caballería alemana.

A pesar de los éxitos alcanzados por su caballería, los alemanes no quedaron del todo satisfechos de ella; decían que le faltaba instrucción en el combate a pie, que la iniciativa desplegada desde el general de división al cabo de patrulla debía ser más disciplinada y enderezada a un fin determinado e impuesto por los cuarteles generales, y que los jinetes no sólo debían arriesgar su vida en las cargas de los campos de batalla, sino más principalmente a distancia, en la vanguardia de los ejércitos. Como consecuencia, durante cuarenta años se ha estado perfeccionando por todos los medios la instrucción de la caballería alemana, que hoy es un modelo en su clase. La reputación de la caballería austriaca, que privó durante

todo el siglo XVIII y gran parte del XIX, quedó obscurecida, y desapareció la leyenda que se había formado sobre los cosacos rusos. La caballería francesa ha hecho esfuerzos extraordinarios para rivalizar con la enemiga, pero no ha conseguido igualarla. El carácter francés se presta poco a encauzar la iniciativa de los comandantes subalternos, que apenas se ven separados de sus jefes y en contacto con el enemigo dan rienda suelta a sus acometividades y afán de averiguarlo todo, apartándose a menudo del objetivo que se les ha trazado y desviando su atención de lo principal. Nada tan difícil como esa misión exploradora de la caballería, que requiere el concierto y equilibrio entre la iniciativa más amplia y la subordinación más estrecha. Concierto fácil de alcanzar cuando es un oficial quien manda, pero de consecución casi imposible si el jefe es un sub-oficial, que carece de la necesaria instrucción y de los antecedentes indispensables para formar concepto exacto de las cosas; y la caballería, en esa misión informadora, ha de fraccionarse tanto y subdividirse hasta tal punto que no ya las clases, sino hasta los mismos soldados están llamados en ocasiones a desempeñar importantes papeles.

En la campaña actual, la caballería alemana responde a lo que de ella se esperaba.

En la Alsacia, gracias a la vigilancia de la caballería se advirtió el efectivo y el objetivo de los franceses al emprender éstos su primera tentativa contra Mulhouse, y pudo planearse la contra ofensiva alemana. Cuando los franceses, con fuerzas mayores, repitieron el avance, la caballería enemiga cubrió el ala izquierda del ejército y amagó la derecha francesa, junto a la frontera suiza; la superioridad de la caballería francesa la obligó a replegarse, pero no sin que se detuviera el avance francés veinticuatro horas, tiempo necesario para que se replegara el grueso de los alemanes y se perdiera el contacto entre los dos ejércitos, obligando a los franceses a una nueva pausa para volverse a orientar respecto de la situación del adversario.

Donde aparece de manifiesto la acción de la caballería alemana es en el ejército del N. o sea el de Bélgica. Dos divisiones de caballería, destacando a vanguardia patrullas, seguidas de cerca por el grueso de los regimientos, han cubierto todo el frente del ejército, han mantenido el contacto con el enemigo, le han reconocido y tanteado, no han vacilado en atacarle y sostener combate pie a tierra valiéndose de las carabinas, y han desorientado por completo no solamente al cuartel general belga, sino también a los cuarteles generales de los franceses e ingleses. Esa acción de la caballería explica el contrasentido que se observaba en los despachos oficiales belgas, que daban por derrotado al enemigo en un punto, y al día siguiente aparecía 20 o 25 kilómetros más al O.; desvanece las pocas dudas que quedaban acerca de las repetidas victorias belgas, seguidas siempre por una precipitada retirada, que no eran más que comets empeñados por la caballería alemana merced a los cuales les bastaba luego a las columnas principales desembocar en las direcciones convenientes para obligar a los belgas a replegarse a toda prisa. Al mismo tiempo, esa caballería ha conseguido despistar al enemigo; el frente de despliegue alemán ha quedado oculto por una densa cortina de jinetes, y las masas

de infantería y artillería se han presentado constantemente donde menos se les esperaba, han cruzado el Mosa cuanto todos creían que para ello sería necesario el sitio de Namur, han envuelto las defensas de esa plaza, y llevan la confusión al punto que aun no sabe nadie si los alemanes han iniciado ya la conversión de su ala estratégica (ejército del norte) hacia las fronteras de Francia, o si prosigue el avance hacia el litoral del mar del norte, o si se trata de envolver y aislar la fortaleza de Amberes. Combinando este servicio de exploración y reconocimiento con el de seguridad del ejército y con el de complemento de los movimientos estratégicos, la caballería alemana no vaciló en amagar el paso por Dinant, teniendo allí detenidas durante tres días a las vanguardias francesas y atrayendo hacia sí el peso del enemigo, el tiempo suficiente para que se completara el despliegue del ejército y pasara el Mosa corriéndose hacia el O., por el norte de Namur. De esta suerte, la caballería alemana, a la vez que ha sido el ojo y la vista de su ejército, ha formado una venda que tapaba la vista del enemigo. Difícilmente una caballería podrá obtener un éxito mayor en cualquier guerra del porvenir.

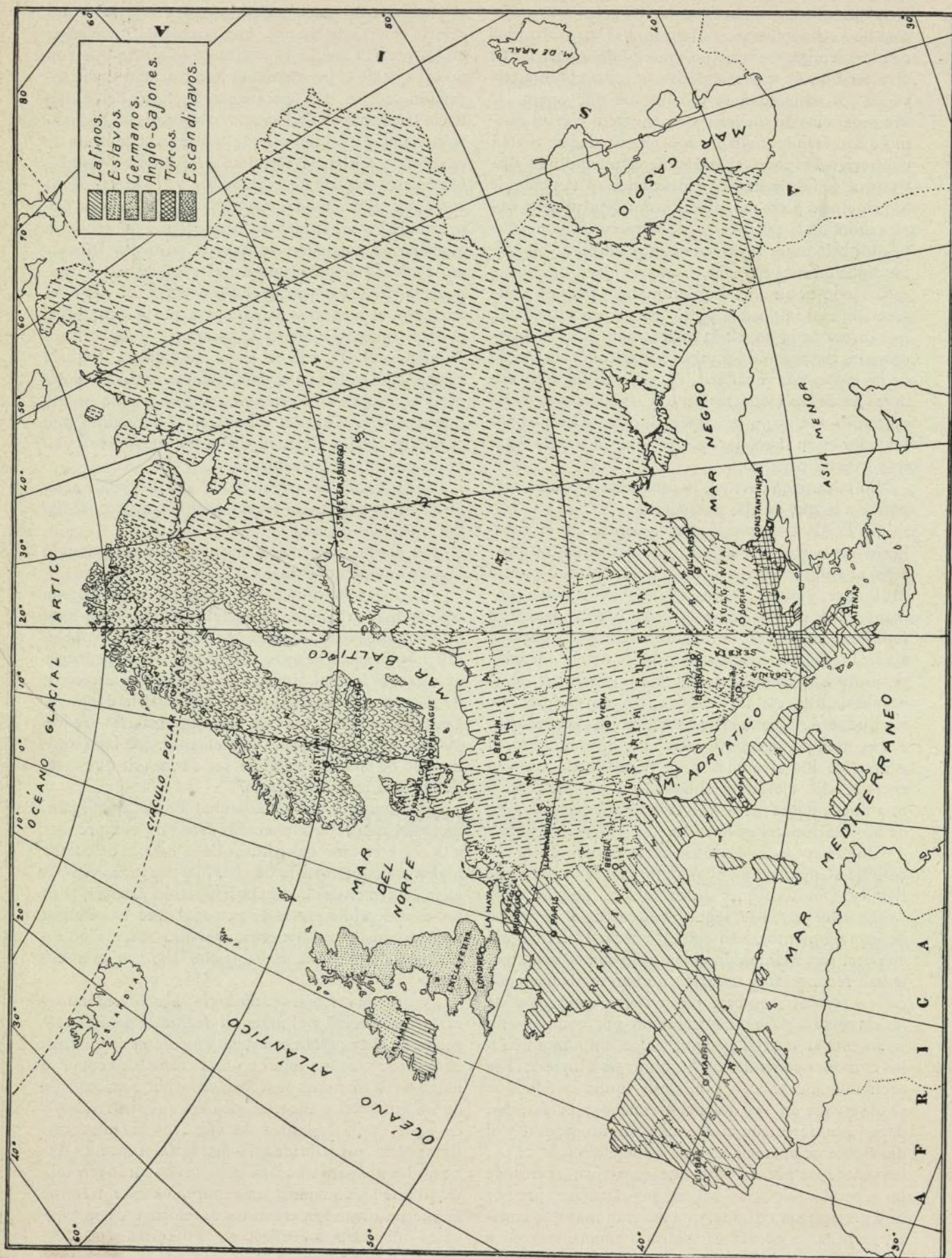
Nada se sabe del papel de la caballería alemana en Lorena, pero es de presumir que tampoco se habrá mostrado ociosa.

Por ahora, esa arma es la que se va distinguiendo más en el ejército alemán.

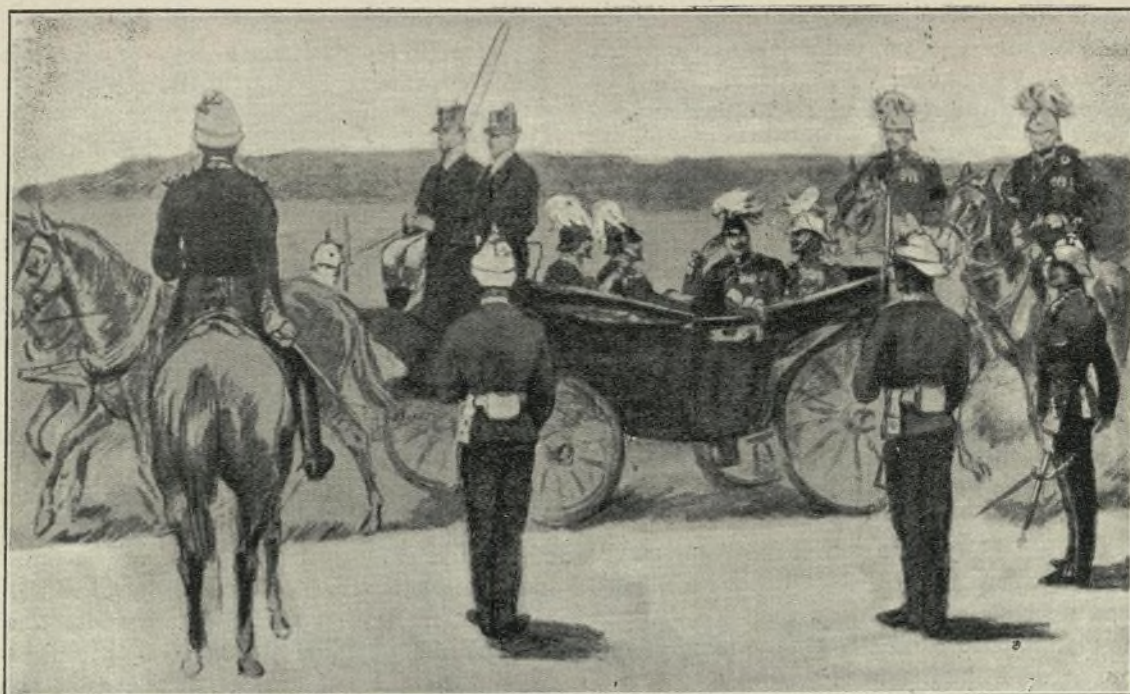
En el ejército francés, el principal papel lo está ocupando la artillería. Se vienen distinguiendo hace muchos años los franceses por la pericia y conocimientos de sus artilleros, reputados por los primeros de Europa, lo cual, unido a la bondad del material, les da una gran ventaja sobre la artillería enemiga. Contribuye también a ello el ser las baterías francesas más maniobreras que las alemanas, gracias a constar sólo de cuatro piezas, en vez de las seis que componen una batería enemiga.

Se discutió muchos años cual de las dos organizaciones era preferible, acabándose por comprender a uno y otro lado del Rhin, que la batería de cuatro piezas era superior a la de seis. Más de una vez los alemanes intentaron adoptar el patrón francés, pero los considerables gastos de personal que la reforma llevaba consigo les hicieron desistir, aunque en los últimos tiempos ya se ha hecho algo en este sentido.

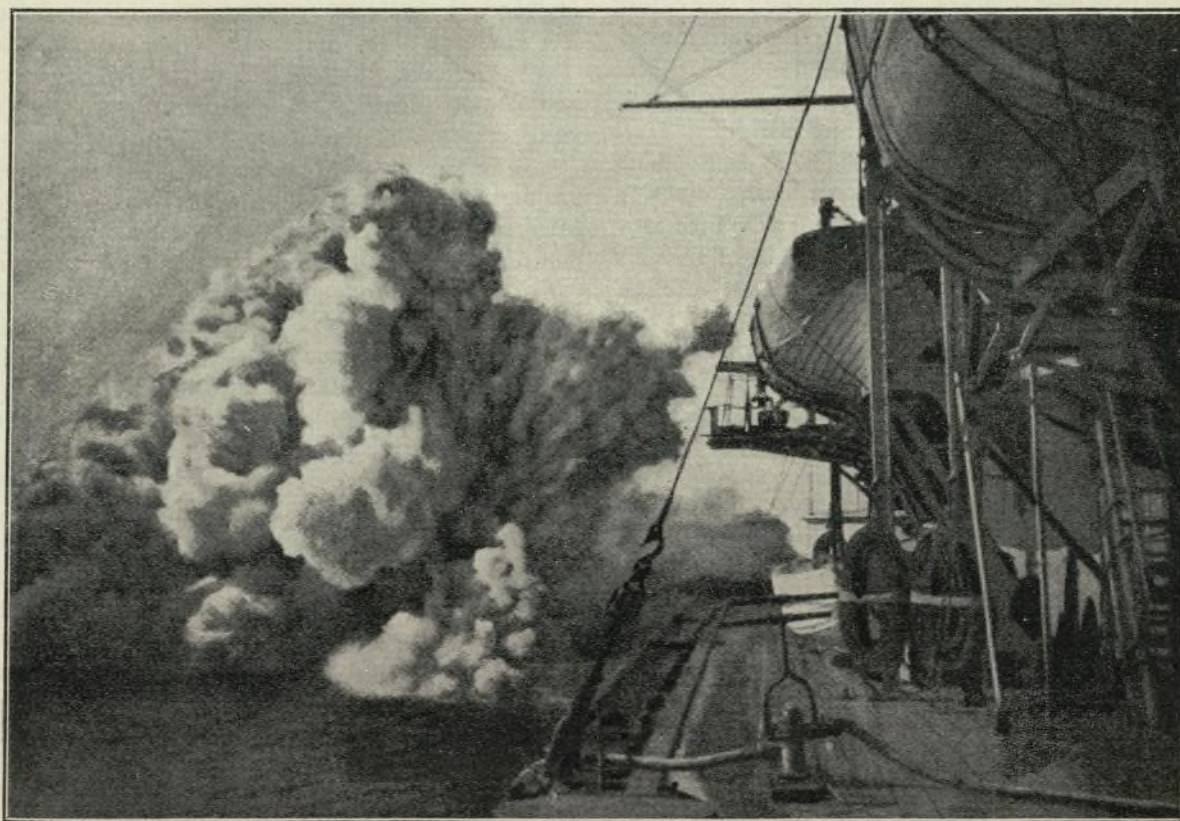
Aparte de ser más maniobrera la artillería francesa, su instrucción y el material de que dispone son excelentes. Muy prácticos aquellos artilleros en el tiro a cubierto, a que me referí en otra crónica, ejecutan su fuego en condiciones de seguridad, y por consiguiente de tranquilidad y eficacia, mejores que sus rivales, y de aquí que a igualdad de efectivos obtenga casi siempre la superioridad la artillería francesa. Mas como los alemanes no han sido nunca tardos en imitar lo que les conviene, sin aguardar a que termine la guerra, como lo demuestra la reforma de la táctica de infantería, sobre todo en la ofensiva, que prescribieron poco después de comenzada la campaña de 1870, es de creer que en lo sucesivo los combates de artillería serán más empeñados que hasta aquí. Sin embargo, los franceses tienen mucho adelantado a su favor en este concepto, porque nunca es lo mismo seguir practicando lo que ya se sabe y ha sido san-



GUERRA DE NACIONALIDADES: Mapa de Europa, con indicación de las diferentes razas que la pueblan



Recuerdos de ayer: El Kaiser al entrar en Gibraltar, cuando su visita a las costas de Marruecos



Explosión de torpedos fondeados en el mar del Norte por los alemanes, vista desde un acorazado británico

cionado por la experiencia, que el cambiar de método al frente del enemigo. Por las escasas noticias que se reciben, se sabe que la artillería francesa se ha apresurado desde el primer día a aprovecharse de su ventaja maniobrera, para cambiar de posición durante el fuego y desconcertar al enemigo haciendo perder eficacia a su fuego. Razón tienen, pues, los franceses en mostrarse orgullosos de su artillería.

II.—La acción de los dirigibles y aeroplanos

Se señalan, en particular por el Ministerio francés de la Guerra, numerosos reconocimientos de aeroplanos. A ellos se debe en gran parte la seguridad y el éxito con que fueron emprendidas y ejecutadas las operaciones de la segunda ofensiva en la Alsacia. Los aviadores avisaron al cuartel general francés el movimiento de las masas enemigas hacia el N., y el general Pau pudo planear su plan, realizado con fortuna.

En Bélgica y Alsacia, los reconocimientos aéreos son incesantes, pero no con tan buenos resultados, lo cual ha de atribuirse, tanto a que la caballería alemana marcha a 20, 30 o más kilómetros del grueso, como a tener montadas los alemanes muchas piezas especialmente construídas contra los aviones, en la región de Metz (Lorena), y a encontrarse todavía muy distantes del frente alemán las masas francesas en Bélgica.

Los dirigibles no han hecho su aparición todavía en el teatro de la guerra. Esas máquinas, que constituían mucho antes de declararse la guerra, una pesadilla para los ingleses, se mantienen por ahora tranquilamente en los barracones (hangares), esperando que llegue la hora de su intervención. ¿Cuál será ésta?

El enemigo más terrible de los dirigibles es el aeroplano, por su mayor velocidad y facilidad de maniobra. Al paso que vamos hasta ahora, antes de dos meses apenas quedarán aeroplanos franceses y alemanes, si es verdad lo que dice el telégrafo, y los mejores pilotos y observadores habrán desaparecido. Y como la vigilancia y el reconocimiento aéreo exige que sean muchos los apartos prestos a emprender el vuelo, a medida que disminuya el número de ellos irán desapareciendo los enemigos de los dirigibles y la tarea de éstos se irá facilitando. Esto en lo que concierne a la seguridad de la acción.

En lo que atañe a su papel ofensivo, es de dos órdenes: uno, de efecto moral más que material, ha de ir precedido por la acción de las armas, pues de lo contrario resultaría contraproducente; el ataque aéreo a París, por ejemplo, ya dije que en estos momentos exaltaría el ánimo de los franceses en lugar de desalentarles. La acción de los dirigibles—y con mayor motivo de los aeroplanos—contra las tropas, es insignificante, dado el corto número de proyectiles que pueden llevar. Contra una plaza fuerte su papel sería más efectivo, pero tampoco decisivo.

La verdadera acción de los dirigibles ha de ser contra las escuadras. Ahí radica uno de los mayores peligros de la escuadra inglesa. Dotada ampliamente la flota británica, y lo mismo la francesa y la alemana, de hidro-aviones que puedan contrabatar a los dirigibles y rechazar los ataques de éstos, se necesita

para que los dirigibles se aventuren con probabilidades de éxito sobre el mar del norte, que los aeroplanos y los hidro-planos de la escuadra comiencen a estar fatigados por el servicio diario durante muchas semanas, y que el cansancio, las pérdidas, los mismos temporales, comiencen a ejercer sus efectos destructores sobre las escuadrillas de aviones.

Si esto se consigue, no hay duda que los grandes dirigibles alemanes se cernerán sobre los barcos ingleses, y les atacarán en los puntos más vulnerables, las cubiertas, donde las corazas tienen espesores mínimos y es más fácil alcanzar los elementos vitales de la nave. Un ataque aéreo, combinado con otro de los sumergibles y barcos ligeros y acompañado por el del grueso de la escuadra, podría tener incalculables consecuencias, toda vez que lo mismo pudiera ocurrir que esas máquinas novísimas de guerra sean un fracaso, que constituyan un arma destructora realmente formidable. Como quiera, es pronto todavía para que los alemanes arriesguen unos aparatos que cuestan tanto, que no pueden improvisarse ni construirse en poco tiempo, y en los que tanto confían. La acción de los dirigibles ha de ser el complemento de la victoria; la gota de agua que haga derramar el contenido del vaso, o el último elemento de combate que a la desesperada se envíe a la lucha.

III.—Combates en Alsacia (7 a 20 agosto)

La segunda tentativa francesa contra la alta Alsacia ha tenido pleno éxito. El Ministerio de la guerra francés la ha descrito minuciosamente, aunque en forma algo obscura, en una nota que ha entregado a la prensa y que han copiado todos los periódicos. Por este motivo es preferible resumirla para darle mayor claridad, y aguardar que las noticias de origen alemán permitan reconstituir los combates y dar su descripción detallada.

Noticiosos los franceses de que las fuerzas enemigas de la alta Alsacia sumaban efectivos bastante débiles, resolvieron emprender el avance, tomando como objetivo Mulhouse, plaza que situada en el centro de la región fronteriza, permitiría maniobrar hacia el N., el E., o en el sentido que más conviniera. A este efecto, dos cuerpos de ejército y una división de caballería cruzaron la frontera desde Belfort (1) y se dirigieron por la carretera de Mulhouse como centro. Una brigada alemana estaba fortificada en Altkirch, en el flanco derecho de la línea de marcha, y hacia ella se dirigieron los esfuerzos de los franceses. El día 7 se trabó un combate muy violento en Altkirch, que terminó con la retirada de los alemanes. Una masa de caballería alemana se mostró más al S., a corta distancia de la frontera suiza, y contribuyó a que los franceses llevaran el eje de sus fuerzas desde Altkirch a Mulhouse. El día 8, Mulhouse fué atacado; aunque plaza abierta y sin fortificaciones, los alemanes la defendieron enérgicamente, cubriendo las colinas de sus inmediaciones, pero finalmente fueron desalojados de sus posiciones y obligados a replegarse a toda prisa. El día 9 transcurrió sin incidentes dignos de mención. Como consecuencia de este avance, quedó el ejército francés con su grueso

(1) Véase el mapa de la alta Alsacia, publicado en el 4.º cuaderno.

so cerca de Altkirch, sus vanguardias más allá de Mulhouse y destacamentos no muy fuertes hacia el O; casi toda la caballería se encontraba en el S. E. tratando de correrse a lo largo de la frontera suiza hacia el Rhin. Lo falso de esta posición no tardó en aparecer.

Un cuerpo de ejército alemán, apostado en Colmar, avisado desde el día 7, había marchado a toda prisa en dirección al bosque de Hart, al N. del camino de Belfort a Mulhouse, y en cuanto vió que los franceses no tenían asegurada esta ala, les atacó de flanco; amenazando cortarles la retirada a Belfort. Al mismo tiempo, las demás tropas alemanas, que se habían replegado de Mulhouse, reforzadas con los contingentes recién llegados de la derecha del Rhin acometieron de frente, y ante este doble empuje, ejecutado contra el punto más débil de la línea francesa, esta se vió obligada a retroceder, y evacuó todo el país conquistado, regresando bastante castigada a Belfort.

Sin duda los alemanes creyeron que los franceses no repetirían la tentativa, o aun presumiéndolo estimaron más urgente la presencia de las tropas de Colmar en otro punto, pero lo cierto es que a partir del 11, los aviadorez franceses señalaron el movimiento de columnas alemanas hacia el N. Para levantar el espíritu de las tropas, bastante decaído, y tratar de fijar a los alemanes, paralizando su marcha a otro teatro, el ejército de Belfort se dispuso a realizar un segundo esfuerzo. Esta vez asumió el mando el general Pau, comandante en jefe del ejército del S. E.

La maniobra de Pau, deducida de lo que había enseñado la anterior, era sencilla y lógica.

En el primer avance, los franceses entraron en punta, sin cubrir bien su flanco izquierdo. Trataron de acometer de frente al enemigo, y en efecto lo rechazaron y desalojaron de sus posiciones, pero como este ataque no fué acompañado de ninguna maniobra, el resultado fué harto efímero e insignificante; era la reproducción de la antigua táctica francesa de 1870. Ahora el general Pau ya no quiso hacer lo mismo: en lugar de atacar el centro enemigo maniobraría para cortar o amenazar su línea de retirada, y si el movimiento tenía éxito se esforzaría en destruirlo, después de acorralarlo en el ángulo del Rhin con la frontera suiza. Para engañar más al enemigo, el general Pau dejó al parecer al descubierto su flanco derecho, en el que sólo dispuso algunos cuerpos de caballería. era como una invitación a los alemanes para que se interpusieran entre los franceses y la frontera suiza.

Mientras el centro avanzaba lentamente, el ala izquierda francesa atacaba enérgicamente Thann y Danne-Marie, y se apoderaba de ambos puntos; una conversión de esta ala hacia el E., no podía menos de conducir al enemigo al ángulo referido, donde su pérdida sería segura. Entonces se desarrolló la fase más sangrienta del combate: las tropas alemanas, formadas en su mayoría por cuerpos de segunda línea (enteramente de reservistas), se batieron en retirada, cubierta por las retaguardias que opusieron una resistencia desesperada a los franceses hasta que el grueso estuvo a salvo; en estas acciones fué cuando los alemanes perdieron una bandera, 24 piezas de artillería y cerca de 700 prisioneros; pero el ejército se había salvado. El ala derecha francesa, entretanto,

tomaba fácilmente posesión de Altkirch, y la caballería francesa rechazaba a un regimiento de jinetes alemán que vigilaba la frontera suiza. El día 19 habían cesado los combates en toda la línea. Las dos orillas del Rhin seguían en poder de los alemanes, y el frente francés se extendía desde algo al Norte de Mulhouse a Colmar.

Simultáneamente con este avance, otro cuerpo de ejército reanudaba la ofensiva contra los pasos de los Vosgos, de los que había sido desalojado pocos días antes: el paso de Santa-María de las Minas, el pueblo de este nombre, el paso del Bon-homme, y toda la falda de los Vosgos hasta Colmar quedó en mano de los franceses, que con este doble empuje se han hecho dueños de la alta Alsacia. Cuáles son las consecuencias de este éxito lo examinaré después. Llama la atención que el Gobierno de París diera a conocer íntegro el parte oficial del general Joffre, el día 18, en el momento del mayor éxito francés, y haya reservado el que da cuenta de la derrota.

Ahora sólo cumple declarar que el general Pau ha demostrado que sabe maniobrar bien y que los franceses del ejército de Belfort conservan todo su buen espíritu y poseen las cualidades indispensables para la ofensiva. La resistencia tenaz de los alemanes ha tenido como consecuencia paralizar el avance francés, dando tiempo a los primeros para ejecutar los movimientos que demande la situación general.

IV.—Combates en Lorena

Desde el primer día vengo diciendo que los ejércitos alemanes son tres y he fijado la región de Metz como centro de uno de los más importantes. Durante quince días nada se ha sabido de ese ejército, y no han faltado tácticos de última hora que pretendían demostrar que todo el ejército alemán estaba en Bélgica, salvo tres o cuatro cuerpos que cubrían la Lorena y la Alsacia. En la guerra no se admite más demostración que la de los hechos; las teorías a nada conducen, y los hechos me están dando la razón. No sólo existía un ejército alemán en la región de Metz, sino que es a él a quien le incumbe la gloria de haber derrotado por vez primera al ejército francés en una batalla formal. He aquí los hechos según el comunicado oficial del Ministerio de la Guerra francés, ligeramente ampliado y puesto en forma más clara.

A la vez que el ejército del S. E. (Belfort) emprendía la ofensiva en Alsacia, el ejército del centro (Nancy) iniciaba la invasión en Lorena (1), tomando como punto de apoyo la extrema izquierda de aquel, que había conseguido algunas ventajas en el extremo norte de los Vosgos, en el macizo montañoso de Donón, que, el día 11, continuaba en manos de los alemanes. El ejército francés del centro, por lo menos cuatro cuerpos de ejército y una división de caballería, cruzó la frontera y no tardó en ponerse en contacto con las avanzadas alemanas, que desde el primero momento opusieron empeñada resistencia. Desplegados en un frente de 75 kilómetros (2), de O. a E., desde Nancy al Donón, los franceses

(1) Luego veremos el porqué de esos movimientos. (Nota del A)

(2) Con el cuaderno número 7 repartiremos, en hoja suelta, un completísimo mapa de Lorena.

cruzaron el canal del Marne al Rhin, pasaron la frontera y fueron empeñando todas sus fuerzas a medida que crecía e iba en aumento la resistencia del enemigo. El Seille fué por fin cruzado, y el día 19 las vanguardias cubrieron la línea Etanges, Dieuze, Morhange; seis días de empeñadismos y sangrientos combates fueron necesarios para realizar estos progresos, esto es, para avanzar 25 kilómetros, lo cual da idea, más que cualquiera descripción, de lo que fueron estas batallas reñidas en un frente tan extenso. Súbitamente, en aquella fecha sobreviene la contra ofensiva alemana, y en veinticuatro horas los franceses son desalojados de todo el terreno conquistado, y además se ven obligados a repasar el canal y

por el momento, pero el centro fué deshecho, y el movimiento retrógrado ya no fué como el día 10 en la Alsacia una retirada o un repliegue, sino una derrota, la primera merecedora de este nombre que han sufrido los franceses en la presente guerra.

Llegado el ejército alemán a la vista de los fuertes de Nancy, los envolvió por el N.; la confusión que reinaba en el campo francés fué causa de que los primeros trabajos de ataque emprendidos por el vencedor no tropezaran con graves obstáculos, y la artillería de grueso calibre de campaña rompió el fuego contra los fuertes a las veinticuatro horas de haberse decidido la batalla. Seguramente, ya las piezas de sitio están tronando contra aquellas fortificaciones.



Zapadores alemanes en trabajos de campo preliminares para tender un puente

han de buscar refugio bajo los fuertes de Nancy y en las orillas del Mosela. No se puede precisar cuáles han sido las bajas de unos y otros, ni cuantas piezas y material de guerra han perdido los franceses, pero en lo que no cabe duda es en que esta es la primera gran batalla reñida entre alemanes y franceses y que éstos han sufrido una derrota de consideración.

De la misma manera que la abundancia de canales y los pantanos que hay en esta parte baja de la Lorena, hacia Morhange y Dieuze contribuyeron a dificultar el avance francés en los primeros días, al tener que repasar a toda prisa el terreno conquistado los franceses perdieron la cohesión y la solidez de su formación y la retirada se hizo con bastante desorden: el ala izquierda pudo llegar sin grave quebranto a las posiciones de Nancy, el ala derecha apoyada en el macizo de Donón, consiguió sostenerse

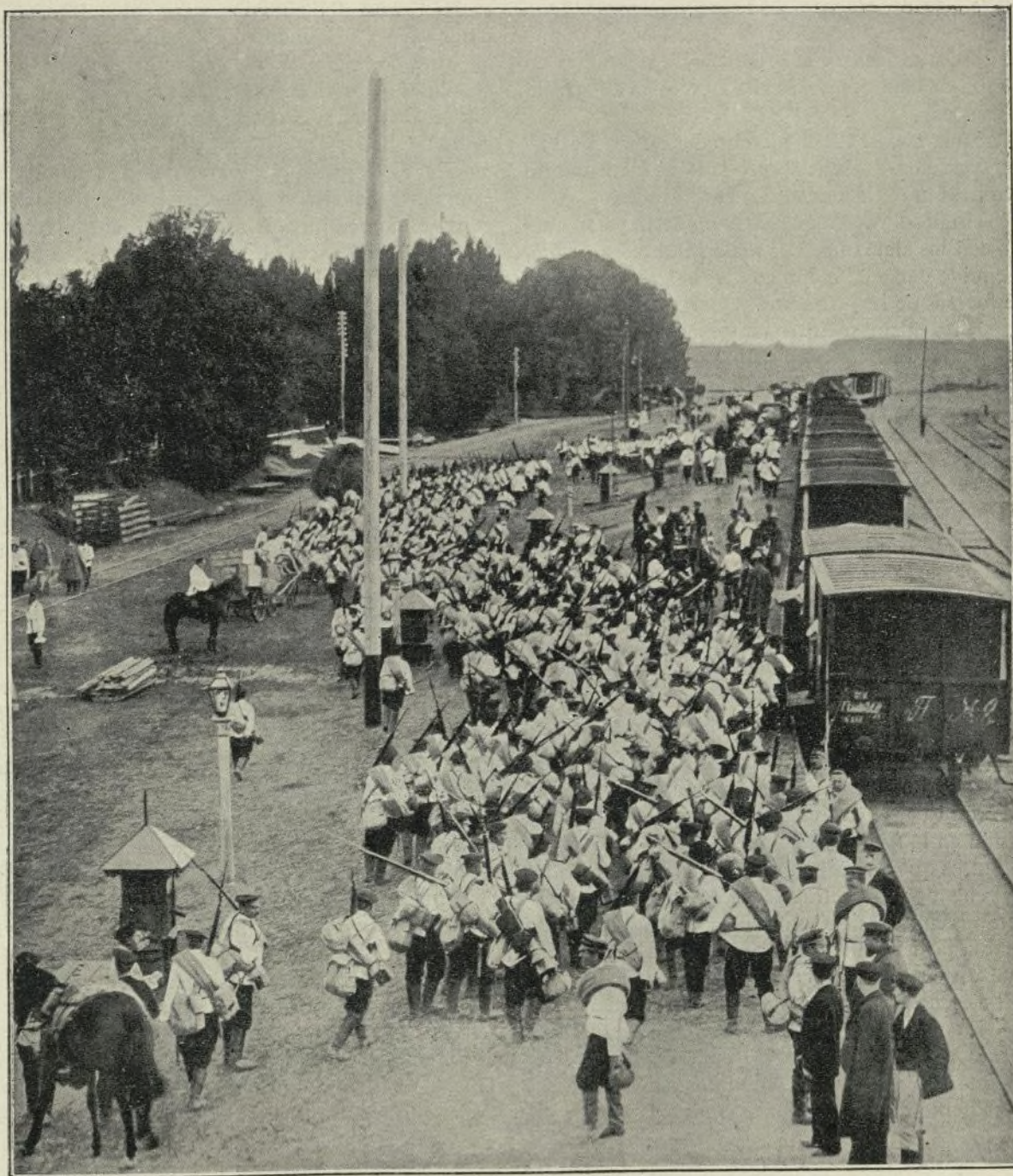
Para completar el éxito obtenido, los alemanes, valiéndose de la ventaja que les daba la ruptura del centro francés, ejecutaron un avance hacia el S. para envolver el monte Donón; la maniobra resultó como se esperaba, y el ala derecha francesa, atacada de flanco y de frente, tuvo que abandonar aquella excelente posición y replegarse a su vez, el día 23. Perseguida de cerca y animada por el éxito la izquierda alemana, prosiguió la marcha y sin grandes dificultades se apoderó de la plaza de Luneville, no lejos de Nancy.

V.—Operaciones en Bélgica

Me duele cada vez más tener que presentar al descubierto lo artificioso, o infundado e inexacto de los partes oficiales del Gobierno belga. El Ministe-

rio francés de la Guerra es parco al detallar los descalabros de sus tropas y aumenta, como es lógico, los éxitos, pero deja descubrir la verdad y aun la declara en parte; no se le puede acusar en conciencia de dar a la publicidad noticias infundadas. No así el belga.

falmente los alemanes a los veinticuatro horas. Ahora el mismo Ministerio, como si aun conservara fuerza moral, trata de hacer creer a los que no tienen idea de estas cosas, que todo lo sucedido obedecía a un plan sabia y previamente estudiado de antemano, y que la situación del ejército belga cada



Un regimiento ruso disponiéndose a montar en el tren que desde Moskú ha de conducirle a la frontera

En la noche del 19 y en la mañana del 20, el Ministerio belga anunciaba oficialmente que los alemanes estaban detenidos por el ejército belga en todo el frente, que no corría peligro Bruselas, y que la acción del ejército belga tendría consecuencias incalculables en las operaciones subsiguientes. Pues bien, en aquellos mismos momentos, la columna que tan brillantemente, según se estaba diciendo hacía tres días, se batía contra los alemanes al E., de Bruselas, quedaba deshecha y puesta en fuga, y se comenzaba a toda prisa y con la mayor confusión la evacuación de la capital, en la que entraban triun-

vez es más temible para los alemanes. No copio los comunicados oficiales belgas, porque su contenido es la mayor crítica y la más severa censura que de ellos puede hacerse.

Los hechos son: las tropas belgas que cubrían Bruselas fueron puestas en dispersión; probablemente era un efectivo, corto, de mera observación, y la batalla, aunque se trató de engrandecerla mientras los defensores no tuvieron a su frente más que caballería alemana, no pasó de un mediano combate, de pequeña importancia; se trató de defender Bruselas, improvisando fortificaciones, pero los belgas lo pen-

saron mejor y la evacuaron sin resistencia, que es lo más cuerdo que podían hacer. Los alemanes entraron en la capital, dejaron un regimiento en ella, y prosiguieron sin pérdida de tiempo su invasión, entrando en Gante y acercándose por momentos al litoral del mar del Norte y canal de la Mancha. Más al S., los alemanes han cruzado el Mosa, han envuelto a Namur, avanzan escalonados hacia el O., con el extremo derecho, el del N., en saliente o más avanzado, y se acentúa la presencia de sus masas en la región de Namur, y más al S., cerca ya de la frontera francesa.

Todavía más al S., el ejército del centro ha enviado ya sus avanzadas al otro lado de las fronteras de Luxemburgo, frente a las plazas francesas.

Los ingleses parece que se han puesto ya en contacto con los alemanes. Las masas francesas no han conseguido darse la mano con las belgas, a pesar de los esfuerzos de las primeras y ciertamente no por culpa de las mismas. Entre tanto, las operaciones de los alemanes en Bélgica se realizan como si se estuviera en maniobras y no en una gran guerra. Estudiemos ahora la situación general.

VI. — La situación el 25 de agosto

Tal es la situación militar el día 25 de agosto.

Abarcando en rápida ojeada las operaciones realizadas por los dos partidos desde que comenzó la guerra, queda confirmado una vez más que la ventaja estratégica, la derivada de la iniciativa y de la mayor rapidez de movilización y concentración, correspondió a los alemanes, que todavía la siguen gozando.

La concentración francesa tenía su centro de gravedad frente a la plaza de Metz. Se descomponía en tres grupos, cuya situación aproximada ya indiqué en la crónica anterior, y tenía por objeto rechazar la invasión en la frontera y tomar la ofensiva en aquellos puntos que aparecieran débilmente guarnecidos por el enemigo, o contraatacar a los alemanes si éstos eran rechazados en su intento de invasión. Todo dependía principalmente de quien fuera de los dos el que antes se encontrara en estado de avanzar.

El ejército del Norte, vigilaba la frontera de Bélgica y Luxemburgo, mediante la prolongación de su ala izquierda; pero esta ala no contaba con fuerzas suficientes para sostenerse por sí misma; era más un destacamento de observación y vigilancia que de defensa.

Ya expliqué la concentración alemana y la distribución de los ejércitos en tres grupos principales; pero en su disposición había una diferencia notabilísima con respecto a la francesa, porque el centro de gravedad de las fuerzas alemanas se encuentra en el Luxemburgo, o sea bastante al N. del grupo francés más importante. Efectuada la invasión de Bélgica sin obstáculo de importancia, el peso del ejército alemán se manifestó hacia el N. y obligó a los franceses a correr y extender todo su frente hacia Bélgica y procurar la entrada de tropas en ese territorio, para evitar que la frontera fuera atacada por la espalda y envuelta toda la línea de defensa formada por los tres ejércitos. Pero, contra lo que se esperaba, Lieja no detuvo a los alemanes el tiempo mínimo que se creía, ni el ejército belga pudo hacer frente a la

invasión, de suerte que los alemanes se fueron acercando a las fronteras de Francia y, sobre todo, avanzaron hacia el O., con una velocidad y un método inesperados. No quedaba ya tiempo a los franceses para paralizar la maniobra enemiga y detenerla en el período de ejecución mediante una maniobra dirigida contra el ala estratégica (la formada por el ejército del Norte) del enemigo, pero cabía intentar esa paralización, sirviéndose de la colocación inicial de los otros dos ejércitos, para atraer la atención de los alemanes hacia el S. y amenazar su línea de retirada y todo el Rhin, si la batalla era favorable a los franceses.

Con este objeto, el ejército del S. (Belfort) emprendió la ofensiva en Alsacia, primero tímida, luego resuelta, con buenos resultados; pero, el comandante en jefe francés observó, seguramente con desaliento, que los alemanes no se dejaban atraer al lazo y que lejos de reforzar las tropas del S. de la Alsacia, aun las debilitaban más, para dirigir una parte de ellas a otro teatro. No tiene efectivamente aquella región interés estratégico, porque el Rhin es una gran línea de defensa y la situación de los gruesos alemanes está tan lejos de Colmar, que la posesión de esta plaza y de toda la Alsacia meridional por los franceses no implica peligro ninguno para la seguridad del ejército; además, la línea Metz-Strasburg sólidamente atrincherada y artillada, presentaría una formidable resistencia al enemigo.

Con todo, en la imposibilidad de sacar fuerzas de la región de Belfort para que llegaran en ocasión oportuna al ala derecha, el comandante en jefe francés hizo perfectamente en lanzar al ataque aquel ejército, pues por poco que se consiguiera siempre sería más que si se permaneciera inactivo. Sin embargo, una parte—son conjeturas, pero las estimo ciertas—del ejército del S. fué despachada al centro (Nancy) al mismo tiempo que otra fracción de este último se encaminaba a toda prisa al N. a reforzar el ejército de observación ante Bélgica.

Entre tanto, los acontecimientos que al principio parecían desarrollarse con cierta lentitud, se precipitaban en el teatro del N. Los alemanes barrían, esta es la palabra, a los belgas; su avance en escalones se efectuaba con perfecta regularidad; la caballería rebasaba Bruselas; era cruzado el Mosa por el grueso del ejército, y se acercaba por momentos la fecha en que los alemanes podrían dar por terminada la fase más importante de esta campaña: la llegada al litoral del canal de la Mancha, teniendo a su disposición toda la frontera francesa del N. y pudiendo acometer los otros dos fines que les llevaran a la invasión del pequeño reino. Por si esto fuera poco, las primeras masas francesas entradas en Bélgica eran detenidas y fijadas por un impetuoso y atrevido ataque de la caballería alemana, en Dinant, que aunque fracasado, como es natural, hizo perder a los franceses tres días. No había momento que perder, y el comandante en jefe del ejército francés no lo perdió.

Ordenó que el ejército del centro tomara la ofensiva resueltamente y sin reparar en sacrificios, para romper la línea Metz-Strasburg y envolver la primera de aquellas plazas, amenazando las comunicaciones del enemigo; al mismo tiempo, concentró a toda prisa el ejército del N., al parecer reforzado por

los ingleses, en la región del Sambre, y acometió a los alemanes antes de que éstos iniciaran su conversión hacia el S. Si la primera maniobra tenía éxito, era casi seguro que se paralizara el movimiento alemán por Bélgica. La segunda no tendría, probablemente, resultados tan decisivos, pero siempre sería mejor detener a los alemanes en el centro de la frontera y en pleno territorio belga, que reñir la batalla cuando el enemigo hubiera llegado al canal de la Mancha y pudiera efectuar un movimiento concéntrico y envolvente por las dos alas contra el ejército francés.

Y así se ejecutó. El ejército de Nancy, el del centro, rompió la marcha, y como queda antes expuesto, comenzó con feliz resultado su avance, pero al cabo fué derrotado y perdió el apoyo de su derecha, en Luneville. Al mismo tiempo, el ejército francés, ya en contacto con el alemán, iniciaba la batalla en Bélgica, batalla de la que no se puede decir nada en estos momentos, pues se está librando aún.

¿Qué hacían entre tanto los alemanes?

Detenida sin grandes esfuerzos, más por la situación del teatro de la guerra que por la acción de las tropas, la invasión francesa en la Alsacia meridional, el ejército de la izquierda (región de Metz) se preparó a entrar en línea en cuanto los otros dos llegaran a las posiciones señaladas de antemano. El del centro (Luxemburgo) se mantuvo también a la expectativa, y el del N., al que ha incumbido el cometido estratégico, apresuró, si es posible, su despliegue. De haber permanecido cruzado de brazos el general Joffre, es seguro que los alemanes retardarían todavía seis días al choque; pero la acción resuelta del generalísimo francés ha precipitado los acontecimientos. Apenas llegado el ejército del N. a la posición estrictamente necesaria para realizar el envolvimiento, se ha dado la señal, y los tres ejércitos se han puesto en movimiento. El de la izquierda es el que se ha encontrado en mejores condiciones, porque ha coincidido el comienzo de su ofensiva con la extenuación del ejército francés del centro (Nancy) como consecuencia de una batalla de seis días, de modo que pudo realizar con relativa facilidad la primera fase de su misión: envolver Nancy y derrotar al ejército móvil francés. El ejército alemán del centro ha roto también desde los dos Luxemburgos, el belga y el Gran Ducado; comenzando la invasión y dándose la mano con el ejército del N. acomete de flanco la línea del Mosa. Y a la vez el ejército de Bélgica conversa con parte de sus masas hacia el S. y se empeña en batalla con los aliados.

Cualquiera que sea el resultado de esta triple batalla, ha de reconocerse que en el concepto estratégico los alemanes tienen a su favor todas las probabilidades de éxito. Su ejército está mejor concentrado, se ha iniciado y en parte realizado el envolvimiento del enemigo, cabalmente en el punto más débil y el más decisivo, la frontera N. de Francia, y el avance de los tres ejércitos se ejecuta en direcciones concéntricas.

Sería injusticia culpar al generalísimo o al estado mayor francés de poca previsión o torpeza porque la gran batalla en todo el frente comience bajo tan malos auspicios para él. Todo dimana de la invasión de Bélgica, territorio que estaba virtualmente cerrado a los franceses, porque se oponían a ello los in-

gleses, y los belgas se hubieran alzado contra el invasor, lo mismo que ahora se han levantado contra los alemanes; como la concentración francesa no podía hacerse humanamente con la celeridad de la alemana, no han tenido más remedio los franceses que inclinar la cabeza y someterse de grado a ver cómo la iniciativa pasaba al campo enemigo: es un hecho fatal pero irremediable, contra el que nada valen los esfuerzos humanos. La región fronteriza con Alemania está en un extremo de Francia, es excéntrica, al contrario de lo que acontece con la frontera francesa respecto de Alemania; de aquí que a pesar de la previsión francesa y de la abundancia de líneas férreas y caminos les haya sido más fácil a los alemanes concentrar y dirigir sus masas a la frontera, haciéndolas concurrir desde todos los puntos de su territorio, mientras que los franceses las tenían que hacer afluir a una punta. Esta ventaja natural ha sido completada por los alemanes por una mayor resolución y energía en los movimientos iniciales; gracias a ella, la ventaja de cuatro días que llevaban sobre sus enemigos quedó aumentada por la de tres días, conseguida gracias a los combates de presión de Dinant, y son muchos siete días para recuperarlos en el campo de la estrategia.

En la batalla que ahora se está librando ejercerá grande influencia la obediencia a las órdenes recibidas y las dotes de mando de los cuarteles generales, pues toda la dificultad estriba en hacer concordantes los esfuerzos. Dentro de esa disciplina y obediencia, se requiere, cosa al parecer extraña, pero que la experiencia demuestra que no lo es, una extraordinaria iniciativa y una perseverancia extraordinaria. Los caudillos, los organismos del mando y la resistencia y cualidades de las tropas se han puesto frente a frente y la victoria corresponderá al mejor y que se halle más instruido y preparado.

Por consiguiente, por ahora no hay motivos para censurar ni formular críticas contra los cuarteles generales de los dos beligerantes. Los dos han hecho lo que debían, pero la situación inicial ha favorecido a los alemanes. Se repite en este teatro occidental, con opuestos caracteres para los alemanes, lo que en el teatro oriental se presenta: la situación estratégica derivada de la geográfica y militar en tiempo de paz favorece a los rusos y perjudica a los alemanes; de modo que Francia se encuentra con relación a Alemania en un caso parecido al de ésta con respecto a Rusia. Pero tienen a su favor los alemanes la ventaja de que los rusos no disponen de las facilidades de concentración y movilización que hay en el occidente de Europa, y además la de no ser el ejército del Tzar una masa maniobrera y acostumbrada a grandes concepciones ni a movimientos de conjunto en grande escala; todavía aquel ejército no tiene el verdadero concepto de lo que es una gran guerra.

Queda por hablar de los ingleses. Estos han incurrido en un error gravísimo, que me abstuve de señalar a su tiempo, y en el que tampoco ahora quiero ocuparme, por motivos que el lector no tardará en saber. Todo induce a sospechar, como indiqué el primer día, que el ejército inglés no está, en lo que concierne al mando, a la altura de los franceses y alemanes. Si los franceses fueran derrotados, los hechos demostrarían cuán poco vale para una guerra continental el ejército británico. Tampoco indico e

vasto plan de los alemanes en Bélgica, plan grandioso y sencillo, que parece inspirado en los mejores de Napoleón. Espero poder ser más explícito en la crónica siguiente, y el lector sabrá entonces los motivos que me inducen a la reserva.

VII.—Operaciones en el teatro oriental

Una verdadera lluvia de despachos está cayendo estos días ponderando los éxitos de los rusos en la frontera alemana. Si se recuerda que Rusia no comunica con Europa sino valiéndose de líneas que dan la vuelta a medio mundo y que obligan a numerosas reexpediciones, pues tiene cortadas las comunicaciones por el N. O. y también por el S., hacia Rumanía, Bulgaria y Turquía, se comprenderá la imposibilidad de saberse en España los acontecimientos de aquella guerra a las pocas horas de sucedidos.

El lector que haya seguido atentamente lo que declaro en mis crónicas, se habrá convencido de que le digo la verdad y que en ninguna ocasión le he inducido a error, antes al contrario he anunciado en sus líneas generales los movimientos de los ejércitos, precisamente en los momentos mismos en que más se apartaba mi opinión de la que sostenían reputados críticos, y a la cabeza de todos ellos el conocido coronel Repington, redactor militar de *The Times*. Tenga pues la seguridad de que lo único cierto es lo siguiente: los austriacos prosiguen su avance en la Polonia rusa; los soldados del Tzar se repliegan ante este avance y la concentración se está efectuando a mucha mayor distancia de la frontera de lo que se creyó en los primeros días. Los alemanes cooperan en el movimiento de sus aliados, y se mantienen a la defensiva en el saliente N. E. de la frontera, saliente sobre el que se han lanzado masas de caballería rusas, internándose tan pronto algunos kilómetros en territorio alemán, como retrocediendo otros tantos. Por ahora no sucede nada importante, y ni siquiera se les ha ocurrido a los rusos pensar en la marcha sobre Berlín.

La fecha en que ha de comenzar en aquel teatro la gran guerra está aun lejana, bastante lejana, por más que se diga lo contrario.

Nada puedo decir, porque lo ignoro, del teatro austro-serbio-montenegrino.

VIII.—La triple batalla de Lorena, Luxemburgo y Bélgica

Se ha librado la batalla general, desde la Lorena a Charleroi, consecuencia del despliegue estratégico

del ejército alemán. El cuartel imperial ha obtenido el fruto a que se enderezaba el triple movimiento de sus ejércitos, y los franceses han tenido que repasar la frontera belga y evacuar la del E., ante el avance de sus enemigos. Los aliados se encontraron en una posición falsa desde el primer día, el 4 de agosto, como he manifestado repetidamente, y se necesitaban los destellos del genio o una cohesión y una energía extraordinarias en las tropas, para que fracasara esta primera etapa del plan alemán. Pero los genios aparecen muy de tarde en tarde, a intervalos de siglos, y jamás ha sido cualidad de tropas que se baten por primera vez el vigor casi sobrehumano que constituye la base fundamental de la victoria.

Aun no ha terminado el desarrollo del pensamiento inicial de los alemanes; con todo, su fase más delicada, la que había de conducir y resolverse en la batalla, está concluida, y puede ya abarcarse toda la grandiosidad de aquel. La reserva es ya innecesaria, y es hora de hablar claro. Y como la guerra ha entrado en una fase más concreta, ha llegado el momento de examinar en conjunto todo lo acontecido en el periodo que media entre el 4 y el 25 de agosto. Ello será objeto de mi crónica siguiente, en la que me ocuparé, además, del nuevo aspecto que va a tomar la guerra y en pormenores interesantísimos acerca del mando y de las tropas de ambos ejércitos, para que los lectores se formen juicio exacto de las verdaderas causas de las victorias de los unos y las derrotas de los otros.

JUAN AVILÉS
Teniente Coronel de Ingenieros

27 Agosto 1914

A NUESTROS LECTORES

Con el cuaderno 7.º repartiremos un completo mapa de la Lorena, en hoja suelta, como los demás; y con el 8.º y siguientes los mapas de Alsacia, S. E. del teatro de la guerra franco-alemana, Polonia rusa, costas del Báltico, etc. Además, tenemos muy adelantados los trabajos para mejorar esta publicación, poniéndola, indiscutiblemente, a la cabeza de cuantas, en su género, se publican en toda Europa.

Dada la extraordinaria importancia de las últimas batallas y la natural ansiedad de nuestros lectores, adelantamos la tirada del presente cuaderno para dedicar el 7.º, que aparecerá inmediatamente, al estudio de aquellos trascendentales hechos de armas.

Los Editores.